

de hacer política

Es hora

Los tiempos de transformación profunda que estamos viviendo están signados por la esperanza y la incertidumbre. Esperanza en ser capaces de lograr los cambios para construir una convivencia justa y productiva, y la incertidumbre de abrirnos al diálogo y la negociación para encontrarnos en la Venezuela que es de todos.

La frustración se ha hecho presente, crece la brecha entre las expectativas de cambio, la posibilidad de consensos y la capacidad de los poderes públicos para entender y responder tangiblemente a las nuevas realidades de una sociedad democrática, moderna, activa y participativa.

La agudización de las contradicciones es mala para el país. Las fragmentaciones que ellas generan, sin un piso político que permita discernirlas y superarlas, nos encamina a la anomia y al desdibujamiento del país con las consecuencias de una violencia colectiva creciente.

Nosotros también somos país

El país, Venezuela, es de todos. Tenemos la corresponsabilidad de contribuir a hacer posible nuestra convivencia. Nadie puede abrogarse la exclusividad de la verdad en las decisiones que nos atañen a todos. Tenemos que acabar con la falsa idea de que una vez en el poder, el país soy yo. La realidad es más compleja. El país somos todos, con fortalezas y debilidades, de allí la exigencia de un horizonte común. Si no estamos dispuestos a aceptar el sacrificio de lo personal e inmediato por construir ese horizonte, si no estamos dispuestos a invertir en ese proyecto, sencillamente es que no vemos, ni sentimos el país como nuestro, como propio.

Las aspiraciones de cambio y transformación radican en encontrarnos y construir en lo concreto una realidad en donde todos sentimos pertenecer a un mismo país. Difícilmente podremos encontrarnos si ante las dificultades que se tienen para enfrentar el

tradicional autoritarismo de quien detenta el poder, la salida propuesta es igualmente autoritaria, como puede serlo un "golpe de estado, un autogolpe, o un estado de excepción" o las reglas del juego del marco legal impuestas sin la legitimidad del consenso. La democracia es alérgica a la tiranía, tanto de los más como de los menos, y por ello la búsqueda constante de mecanismos dialogantes y de la negociación. Es el momento de intentar hacer democracia. Nadie está de sobra. Como en la parábola del trigo y la cizaña, con paciencia institucional no arranquemos la cizaña hasta que no haya madurado la siembra, porque en la historia, hasta la cizaña puede convertirse en trigo.

¿Cómo enfrentar la irrealdad?

Entre frustraciones y expectativas hemos construido nuestras vidas en compartimentos estancos, cerrados sobre sí mismos como invitación permanente a la evasión. Y no menos importante es la prédica universalizada del optimismo necesario porque nuestros problemas son de imagen. De allí que cualquier promesa de un mañana mejor sea acogida con verdadera vehemencia emocional. Enfrentar la realidad implicaría reconocer que el mañana será más de lo mismo, si no se hace lo necesario para que sea diferente.

Es hora de hacer política

El desgaste del régimen es evidente. La incapacidad para responder a las crecientes necesidades ha erosionado la confianza. Se avecinan tiempos de gobierno con el viento en contra y el sol en las espaldas. Pero es necesario gobernar. Y quien pone las reglas del juego es el gobierno. Dejemos de lado confrontaciones y espacios para cazadores de río revuelto y propónganse metas concretas que sean sometidas a debate y negociación. Nadie está de sobra, hay que sumar y multiplicar. ¿Qué hacer con los adversarios?

Pues enamorarlos en una tarea común, por un país que es de todos. Hay que avanzar a pasos de consensos: escuchar, comparar, proponer y construir. Hay que destrancar los nudos gordianos de los dogmatismos, para abrirse a todas las opciones posibles. Se pueden negociar ámbitos de bienestar material, pero lo que no se puede negociar es la dignidad.

El diálogo no consiste en el gesto ritual de reunirnos con los diversos sectores, sino en el acto de tomar en cuenta sus opiniones. Si esto no tiene lugar, se confunde el diálogo con las relaciones públicas. Pero no se pueden tomar en cuenta si las propias posiciones se consideran inmejorables de antemano.

El gobierno tiene gran responsabilidad en romper los extremismos, concretar acciones, y gobernar para todos. Los conflictos generados en gran parte por la incapacidad son para manejarlos y ello es tarea inherente al gobernante. La ilusión de concentrar todo el poder, paradójicamente es menos poder. Hay que entender y aceptar la autonomía de los poderes públicos, fortalecer la descentralización regional y local para articular la diversidad de una sociedad que está demostrando no estar resignada a perder la oportunidad de construir su convivencia democrática.

Comprometidos con la transformación social, la oposición también tiene que hacer política. El acompañar las propuestas de cambio y presionar por el rumbo democrático requiere de operadores políticos cuyo trabajo fundamental es ensamblar voluntades, motivar y organizar propuestas y debates que coadyuven a la inserción de todos los sectores en el quehacer político de sus propias realidades. No son tiempos para protagonismos, hay que renunciar al poder para hacer la política de construir el país. Hay que dejar prudentemente las ambiciones grupales o personales y aceptar que el pretender imponer los protagonismos de liderazgos desacreditados puede abortar las semillas del futuro.

A pesar de que la política ocupa grandes espacios en los medios y en nuestras conversaciones diarias, esto no significa que exista conciencia de la corresponsabilidad pública y voluntad hacia una participación política comprometida, especialmente entre nuestros profesionales. Nuestras mayores carencias siguen siendo de ciudadanía y de proyectos políticos con programas de gobierno concretos y fuerza social organizada de apoyo. Este es el espacio imprescindible para la acción de la oposición. Repensar y promover organizaciones políticas que den sustento al camino de los cambios deseados, que impulsen el conocimiento y el sentido de futuro de las nuevas generaciones en su propio país.

La transformación del país se ha guiado por grandes utopías que facilitaban deseos y no por programas viables que insertaran la acción ciudadana. También para la ciudadanía es la hora de hacer política. Es la hora de convertirse en actor, dispuesto a invertir en el país y a involucrarse en las contradicciones de la realidad. Es la hora no sólo de exigir beneficios, sino de proponer ideas y de luchar por ser respetado en derechos y responsabilidades. Es la hora de construir y hacer respetar las instituciones que garantizan la dignidad del ciudadano. Hasta ahora se ha privilegiado la adhesión emocional, al que más promete o al que más imagen mediática genera, sin asumir las consecuencias que esta empatía incondicional tiene en nuestro futuro. Es la hora de hacer democracia, de organizarse para exigir protagonismo en las decisiones claves de la nueva institucionalidad. No podemos dejar de recordar que si bien la Asamblea Nacional Constituyente fue el gran espacio para dialogar y negociar, las decisiones se asumieron por la opinión "mayoritaria" de la cabeza del Estado, en un marco de legalidad transitoria pero carente de los consensos y apoyos ciudadanos que le dieran legitimidad, cuyas consecuencias son la fragmentación y exclusión de grandes sectores de la

sociedad. Y lo que es más grave, esto ha permitido que las decisiones se reinterpreten y violen en desmedro de la ciudadanía. Descalificados como espectadores, tenemos que transformarnos en actores.

Son tiempos para la reflexión, y por lo tanto, para recapacitar y rectificar. No hay futuro sin presente. El mañana no será diferente si no queremos crecer como ciudadanos, decididos a encontrar los caminos más efectivos para lograr un objetivo de bien común, lo cual implica que nadie sobra, que no se puede eliminar la cizaña hasta que la siembra no haya madurado en nuevas relaciones económicas y sociales, en organizaciones políticas y sociales que conviertan las ilusiones y utopías en realidades y metas concretas mediante el ejercicio democrático del poder.

La esperanza es fuente de vida. Con el mensaje a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, el Niño Jesús nos invita a transformar a Venezuela. Felicidad y Paz a todos nuestros amigos, suscriptores y colaboradores.

Editorial